



• MARTA DEL POZO PÉREZ (*)

Me gusta el fútbol, ¿y qué?

PUES, sí, tal y como reza el título del artículo me gusta el fútbol, ni más ni menos. Y no solo me gusta, sino que lo disfruto, no me pierdo ni un partido del equipo de mis amores, veo Eurocopas y Mundiales e incluso escucho todos los días programas deportivos radiofónicos con tertulias sedudas sobre el balompié.

Es mi caso, además, soy una seguidora apasionada, curiosamente prefiero los porteros a los delanteros y, por tanto, las paradas a los goles, sufro como la que más, increpo a los jugadores o al entrenador cuando considero que debe hacer algún cambio para dar un vuelco al resultado o al partido, pienso mal del árbitro cuando no lo hace bien, al que intento no insultar, aunque sinceramente les confieso que no siempre lo consigo, y además no me gusta nada de nada el famoso, polémico y maltratado VAR porque creo que quita emoción y espontaneidad a los partidos, cuando se canta un gol después de cinco minutos de revisión en el video arbitraje, a mi juicio es menos gol. Prefería las discusiones de café de los lunes discrepando sobre existía o no ese penalti no pitado o pitado, aunque es cierto que ahora estas se centran en el famoso aparato tecnológico y en si debe analizar determinadas jugadas o no.

Además, entiendo de fútbol, de los esquemas de juego, de la verticalidad, del tiki taka, del fuera de juego o de la importancia del saque de banda en el juego de ataque, como defendía un conocido entrenador asturiano.

Y ustedes queridos lectores y queridas lectoras se preguntarán por qué les estoy contando esta historia, pues bien, voy a explicárselo.

A pesar de encontrarnos en un país democrático, moderno y avanzado del siglo XXI, cuando afirmo que soy futbolera, cosa que pasa con relativa frecuencia, todavía encuentro en los que me escuchan caras de asombro, muecas y susurros que parecen poner en cuestión que a una mujer le pueda gustar el fútbol. Todavía recuerdo el desafortunado comentario machista y recalitrante que recibí de un individuo que se decía moderno e igualitario cuando me dijo, a la cara, así sin anestesia: A ti lo que te gusta son las piernas de los futbolistas. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo, me quedé pálida, perpleja y sorprendida de semejante exabrupto, tanto que por educación solo pude contestar con un tímido: No, en serio, me gusta el fútbol.

La actitud que les acabo de describir y que a muchas lectoras estoy segura que les sonará es algo cotidiano y habitual en la vida de las mujeres. Sería lo que Bonino viene a denominar micromachismo, que define como "las sutiles e imperceptibles maniobras y estrategias de ejercicio del poder de dominio masculino en lo cotidiano, que atentan en diversos grados contra la autonomía femenina. Hábiles artes, trucos, tretas y manipulaciones con los que los varones intentan imponer a las mujeres sus propias razones, deseos e intereses en la vida cotidiana". Son de uso reiterado aún en los varones "normales", aquellos que desde el discurso social no podrían ser llamados violentos, abusadores o especialmente controladores o machistas. Muchos de estos comportamientos no suponen intencionalidad, mala voluntad ni planificación deliberada, sino que son dispositivos mentales, corporales y actitudinales incorporados y automatizados en el proceso de "hacerse hombres", como hábitos de acción/reacción frente a las mujeres. Otros, en cambio, si son conscientes, pero todos forman parte de las habilidades masculinas desarrolla-

A pesar de encontrarnos en un país democrático, moderno y avanzado del siglo XXI, cuando afirmo que soy futbolera todavía encuentro en los que me escuchan caras de asombro, muecas y susurros

das para ubicarse en un lugar preferencial de dominio y control que mantenga y reafirme los lugares que la cultura tradicional asigna a mujeres y varones.



A pesar de esta nomenclatura a mí me gusta llamarlo machismo cotidiano, que es aquel que se efectúa de manera habitual y en ocasiones inconsciente en la vida diaria.

En multitud de situaciones la actitud machista sale de manera natural, por creencias y estereotipos aprendidos desde la infancia que no hemos sido capaces de corregir o deconstruir, aunque en el caso que acabo de contarles, mi sincera opinión es que el comentario patriarcal que yo recibí es a sabiendas e intencionado.

De esta manera las mujeres padecemos y sufrimos discriminaciones en nuestro día a día por el mero hecho de ser mujeres y que están ancladas en creencias, mitos y estereotipos sociales que delimitan que las mujeres por serlo, insisto, no pueden hacer determinadas cosas, tener algunos gustos o entender de unos concretos temas que se entienden de manera ancestral propios del hombre.

A veces son tan sutiles que nos pasan desapercibidas porque nosotras mismas hemos interiorizado que debe ser así y la fuerza de la costumbre no enciende nuestra señal de alarma para detectar que estamos ante un comportamiento patriarcal, machista o paternalista.

No sé si ustedes que me leen han pensado alguna vez todo esto que les estoy relatando, con lo cual, y por si acaso no fuera así justamente este artículo es para hacerles reflexionar y estar alerta, para que identifiquen estos machismos cotidianos en su vida diaria y para que, por favor, traten de evitarlos si son los autores o los corrijan o afeen si son las víctimas.

Además de la idea de que no es propio de mujeres que nos guste el fútbol me gustaría ponerles ahora algunos otros ejemplos que seguro que a las lectoras les han sucedido más de una vez, hay muchos más pero voy a ilustrar este artículo con aquellos que considero que pueden producirse con mayor frecuencia y que en muchas ocasiones no se identifican como machismo cotidianos.

En primer lugar, dado que Salamanca es una ciudad donde el ocio es uno de sus valores y que cuenta con una alta calidad en los establecimientos de restauración piensen que sucede cuando acuden a un bar o un restaurante un hombre y una mujer, yo se lo cuento: Cuando se pide la cuenta, lo haga quien lo haga siempre se la ponen a él, en esa rancia creencia que afirma que es el hombre el que debe pagar o invitar a la mujer, cuando hace tiempo que nosotras somos autónomas e independientes y no necesitamos que nadie nos invite, podemos hacerlo nosotras o pagar a medias.

También es habitual encontrar que, ante la duda de quién ha pedido la cerveza y quién el refresco, la bebida alcohólica sea para él en un absurdo estereotipo que plantea que lo normal es que sea el varón el que consume alcohol frente a la mujer, en esta sociedad todavía se ve como un desdoro que la mujer diga que entiende de vinos o sea quien pida la carta y lo elija o que le gusta tomarse una cerveza.

Lo mismo sucede cuando lo que se pide son dos refrescos, uno bajo en calorías y otro no. ¿Adivinan a quien se sirve el primero? A la mujer, evidentemente, la creencia social ancestral plantea que estamos permanentemente a dieta y no queremos engordar para cumplir con los cánones de belleza que nos impone la sociedad de las mujeres perfectas. En el imaginario social cotidiano patriarcal no podemos pensar que el hombre desee cuidarse o que simplemente sea diabético y no pueda consumir azúcar.

Cambiando de tercio, veamos otro ejemplo, cuando una mujer y un hombre acuden a lugares tan dispares como un taller, un concesionario de coches, una tienda de informática o un banco —lugares que parecen como estereotípicamente masculinos— la mujer es absolutamente invisible. El personal que trabaja en ellos se dirige siempre al hombre en las conversaciones, incluso cuando la mujer es la titular del vehículo o de la cuenta.

Y, por último, rosa para las niñas y azul para los niños. En la ropa de ellas se incluyen mensajes como princesa, reina o bonita y en la de ellos, campeón, héroe o valiente. Ha llegado el momento de romper este estereotipo, ¿por qué no ellos de rosa y ellas de azul?

En definitiva, machismos cotidianos que tenemos la oportunidad de eliminar, cambiar, denunciar y combatir, piénselo y actúen. Y, si, insisto, me gusta el fútbol, y no solo eso, sino que además entiendo de vinos.

(*) Profesora Titular de Derecho Procesal y Directora del Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad de Salamanca